

## Raíces de una crisis anunciada

Emèrit Bono

Robert Brenner es un historiador/economista inclasificable. Director del «Center for Social Theory and Comparative History» de la Universidad de California desde el año 1983, ha desarrollado una labor docente e investigadora en diversas universidades y centros de investigación, entre los que se encuentran la Universidad de Harvard, New School for Social Research de Nueva York, Stanford Center, Berlín, etc. También se le han otorgado diversos premios como el Isaac Deutscher Memorial en el año 1986, o la Mellon Foundation Fellowship, premio dotado con 175.000 \$ por el estudio *The Triple Transition: Market Economy, Nation State and Democracy 1996-1999* (con la colaboración I. Szelenyi y R. Brubaker).

La labor investigadora de Brenner es ingente y un tanto diversa. Casi sesenta publicaciones entre artículos y libros. Sus temas principales giran en torno a los problemas de transición del feudalismo al sistema capitalista, la economía agraria en sus diversas manifestaciones, naturaleza y crisis de las economías del Este de Europa, y por último una interpretación histórico-económica «macro» del largo declive de la economía capitalista que se inicia en el año 1973 hasta el momento presente. Esta última cuestión será el objeto principal de estos comentarios a raíz de la publicación en castellano de *La economía de la turbulencia global*, que contiene, además, un prólogo del año 2009 donde el autor se hace eco de los orígenes de la cri-

sis actual y los mecanismos de contención de la misma.

No obstante, antes de entrar en materia, vale la pena hacer algunas observaciones que corroboren la singularidad del historiador-economista Brenner. En efecto, entre los años 1979-1985, publica una serie de artículos sobre el proceso de transición del feudalismo al capitalismo que rompían el «canon» hasta ese momento vigente que no era otro que los intereses de la naciente burguesía preindustrial como elemento clave de aquella transición. Por el contrario, los trabajos de Brenner ponen de manifiesto los orígenes agrarios del capitalismo europeo, dando origen al llamado «debate Brenner» (*The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Preindustrial Europe, 1985* –hay traducción al castellano en Ed. Grijalbo, 1988).

En sustancia, Brenner sostuvo que el mecanismo clave de aquella transición residió en el carácter de las relaciones y el equilibrio de clase entre los productores campesinos y los propietarios terratenientes. En definitiva, era el resultado variable del conflicto de clases el que determinaría esencialmente el sendero del desarrollo agrario y por ende de la transición al capitalismo.

Por otro lado, dentro de las tendencias marxistas vigentes, a Brenner se le podría considerar un marxista heterodoxo pues, si bien entiende que actúa la caída de la tasa de beneficio de la economía industrial y no industrial, vinculada a la mayor composición orgánica del capital marxiana, no la considera ley inexorable que explica el colapso final del capitalismo. Más bien plantea que la necesaria destrucción del stock de capital de costes altos y bajos beneficios como forma de rehacer la tasa de beneficio (diríamos, la destrucción creativa schumpete-



Robert Brenner  
*La economía de la turbulencia global. Las economías capitalistas avanzadas de la larga expansión al largo declive, 1945-2005*  
 Traducción de Juanmari Madariaga, Akal, Madrid, 568 pàgs.

teriana), así como la intensificación de la competencia internacional, constituyen elementos clave para explicar los procesos recesivos de la economía capitalista. Ciertamente se le critica a Brenner por parte de una cierta corriente marxista más ortodoxa que infravalora el rol de la lucha de clases y considera a los Estados Unidos imperialista sólo en tanto agente de la competencia económica y el proletariado sólo en tanto movimiento sindical.

No voy a entrar en esta crítica, a mi juicio inexacta respecto de las posiciones de Brenner. Sólo diré que, en todo caso, la única forma de ser hoy marxista es desde la más pura «heterodoxia» de todos los ismos...

#### LA TESIS CENTRAL DE «LA ECONOMÍA DE LA TURBULENCIA GLOBAL»

El libro de Brenner se publicó en inglés en 2006 y toma como soporte dos largos trabajos publicados en la *New Left Review* los años 1998 y 1999 a los que añadió un largo epílogo del año 2006. A la edición castellana del libro, el autor le ha añadido un extenso prólogo de más de setenta páginas fechado en 2009. Nosotros basaremos nuestros comentarios sobre esta última edición.

El libro trata fundamentalmente de una explicación del porqué de la amplia expansión (1950-1973) y el largo declive (1973 a nuestros días) de la economía mundial, especialmente de la economía estadounidense, alemana y japonesa.

A mi juicio es un trabajo excepcional que se aparta de las investigaciones al uso, ofreciendo una síntesis muy precisa de la economía y de las políticas económicas que se han utilizado –o se siguen utilizando– para hacer frente a la crisis de las economías capitalistas más avanzadas. El historiador japonés Yamadura afirma que se trata un trabajo basado en una investigación prodigiosa, cuya ambición intelectual se expresa siempre de un modo circunspecto y erudito, que convierte su lectura en un verdade-

ro placer. Y acaba diciendo que como estudioso de larga data de la historia económica de las principales economías industriales, cree que el dominio de Brenner del comportamiento de las economías estadounidense, alemana y japonesa es verdaderamente impresionante. (NLR n.º 54, 2009).

La interpretación de Brenner, en líneas generales, se apoya en tres niveles interrelacionados. En palabras del autor, al nivel más profundo, por decirlo así, presenta un mecanismo capaz de explicar la tendencia a la caída de la tasa de beneficio tomando como punto de partida la anarquía y la competitividad de la producción capitalista, que exige, a los capitales individuales, para sobrevivir, reducir costes e invertir en capital fijo con una tecnología cada vez más eficiente. Por otro lado, aquel mecanismo no sólo ignora las necesidades reproductivas de los demás capitales, sino que también amenaza sus beneficios y de hecho su propia existencia. El resultado global es un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas, pero también, al mismo tiempo, se generan trabas a la realización de sus inversiones en capital fijo para las empresas con métodos de producción de elevado coste que no renueven sus instalaciones, equipos y software. Estas dos tendencias simultáneas acaban dando lugar conjuntamente a un exceso de capacidad y una reducción de la rentabilidad.

La secuencia del proceso es del tenor siguiente: el bloque de capital de desarrollo más temprano y dominante (Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial) tiende a dominar durante un largo periodo sus propios mercados, obstaculizando nuevas incorporaciones; los bloques de capital emergentes (Alemania, Japón y Asia Oriental) repelidos por el bloque dominante de sus mercados, buscan rentabilidad desarrollando nuevas regiones y explotando nuevas fuerzas de trabajo, en gran medida aislados del bloque de desarrollo más temprano; finalmente éste

se ve desafiado de forma creciente por aquéllos, capaces de combinar inputs de coste más bajo con una tecnología igual o más avanzada, con lo que intensifica la competencia intercapitalista y bloquea la posibilidad de revalorizar (realizar) grandes cantidades de capital fijo, generando así un exceso de capacidad y una tasa de beneficio cada vez menor.

Brenner explica la época dorada de la economía capitalista de posguerra como una larga expansión, especialmente en 1950-1973, en la que la economía estadounidense tuvo un crecimiento impresionantemente que se ponía de relieve en el aumento de la productividad del trabajo, de la renta *per capita*, de los salarios reales; este boom posterior a la Segunda Guerra Mundial fue superior al experimentado por Estados Unidos en el periodo anterior a la Primera Guerra Mundial.

El largo declive de la economía mundial que se inicia en 1973 y llega hasta hoy constituye el objeto central de la investigación. Según Brenner lo que explica aquel largo debilitamiento es sobre todo un declive profundo y duradero de la tasa de rendimiento en inversión de capital desde finales de los sesenta. La causa principal, aunque no la única, del declive de la tasa de beneficio ha sido una tendencia persistente a la sobrecapacidad en las industrias manufactureras mundiales. Lo que ha ocurrido es que nuevos poderes industriales fueron ingresando, uno tras otro, al mercado mundial: Alemania y Japón, los nuevos países industriales del noreste asiático, los tigres del sureste asiático y, finalmente, el Leviatán chino. Esas economías de desarrollo tardío producían los mismos bienes que ya producían las economías más tempranamente desarrolladas, pero más baratos. El resultado ha sido un exceso de oferta en relación con la demanda de una industria tras otra, y eso ha implicado precios y, por lo mismo, beneficios bajos.

La coyuntura económica de los años posteriores al año 1973 es analizada profundamente para explicar las políticas económicas que Estados Unidos, Alemania y Japón implementaron para atemperar los efectos de la caída de la tasa de beneficio. Se constatan las políticas monetaristas que dominaron en aquellos años ochenta, noventa y gran parte del inicio siglo XXI. En concreto, hasta el estallido de la gran crisis de 2006-2007. También los choques competitivos entre la economía industrial estadounidense y el resto de economías industriales mundiales (al principio Alemania y Japón, y a partir de la segunda mitad de los noventa el noreste y sureste asiático). Este proceso competitivo, cada vez más intenso, fue en detrimento de la economía americana, debilitada frente a sus competidores alemanes y japoneses, y afectada por un enorme déficit comercial.

Tanto fue así, que Estados Unidos propició el «Acuerdo del Plaza» (en recuerdo del Hotel Plaza de Nueva York) en el año 1985 con Alemania y Japón, que en la práctica supuso la devaluación del dólar con respecto al yen y al marco, mejorando con ello su capacidad competitiva. Esto generó un boom exportador norteamericano hasta el año 1995, en que se revisó el «Acuerdo del Plaza», revaluando el dólar para evitar el colapso económico del Japón (el dólar se revaluó en un 20 y 50 por ciento frente al marco y el yen, respectivamente).

Este tipo de actuaciones para atemperar la caída de la tasa de beneficios se complementaron con otras políticas de carácter keynesiano (déficit público vía gastos militares, vía rebaja de impuestos).

#### CRISIS DE FINALES DE LOS NOVENTA E INICIOS DEL NUEVO MILENIO

Como se ha señalado, Brenner identifica el núcleo del problema de la crisis en el sector industrial estadounidense que, lastreado por el exceso de capacidad a escala global —agravado por el exceso de inversión

extraviada por compra de vivienda que generó el efecto riqueza de la burbuja bursátil y la burbuja inmobiliaria– y retraído por su falta de competitividad (exacerbada por el alza del dólar y la creciente competencia de los productores de Asia oriental, especialmente China), había arrastrado la economía al declive cíclico, ejerciendo una poderosa presión a la baja sobre el crecimiento durante la subsiguiente expansión. Los industriales, cuya tasa de beneficio caía a niveles que, desde la Segunda Guerra Mundial, sólo se habían visto durante las recesiones de 1974-1975 y 1980-82, se vieron obligados, desde 2001 en adelante, a moderar su acumulación de capital y reducir costes de una forma radical. Durante todo el ciclo económico subsiguiente siguieron despidiendo trabajadores. En 2007 se perdieron nada menos que 3.3 millones de empleos –esto es, el 20 por 100 de la fuerza de trabajo industrial– lo que supuso el estancamiento del empleo (medido en horas) en el conjunto del sector privado.

Hagamos una precisión. A veces se critica esta insistencia en el sector industrial de la economía americana por parte de Brenner, cuando esta última ya es una economía de servicios y financiera. Pues bien, según nuestro autor el sector industrial sigue siendo absolutamente esencial para el conjunto de la economía norteamericana. En 1995 la industria suponía el 29.3 por 100 y el 32.7 por 100 respectivamente del PIB empresarial y de las empresas no financieras; pero todavía representa el 42.5 por 100 de los beneficios empresariales y el 50 por 100 de los beneficios de empresas no financieras. Los problemas de la industria significaban por lo tanto, para toda la economía, una desaceleración de la inversión, de la creación de empleo y del PIB.

Mientras tanto, en la segunda mitad de los noventa se habían producido cambios que potenciaron políticas monetarias novedosas. En efecto, los valores bursátiles de las acciones y sus cotizaciones estaban

conectados, más o menos, a la obtención de beneficios empresariales. Entre 1995-1997, en cambio, el alza de las cotizaciones se aceleró y los beneficios empresariales quedaron considerablemente atrás, y entre 1997 y 2000, disminuyeron en términos absolutos, mientras que los valores de las acciones seguían disparados. Así comenzó a inflarse una burbuja que proporcionó nueva vida a la expansión económica.

Todos estos cambios permitieron a Alen Greenspan recurrir al mercado de valores y a su efecto riqueza para seguir estimulando la demanda. De hecho, la estrategia que se aplicó durante la segunda mitad de los noventa –y que se sigue aplicando desde entonces– la denomina Brenner «keynesianismo bursátil» o «keynesianismo de precios de activos» (como lo ha denominado en unas declaraciones recientes). El keynesianismo tradicional subvencionaba la demanda mediante el déficit público del gobierno federal que gastaba más de lo que recaudaba en impuestos. Greenspan pretende, en cambio, hacer aumentar la demanda mediante el déficit privado de las empresas y familias ricas que gastan más de lo que ganan, animadas a hacerlo por el aumento de la riqueza en papel que acumulan casi sin esfuerzo en virtud de la revalorización de sus acciones u otros activos.

Precisamente ese aumento del gasto de empresas y familias se debe al efecto riqueza que genera el sistemático incremento de los valores bursátiles y a la obtención de crédito relativamente fácil.

El aumento del consumo privado, de empresas y hogares a consecuencia del llamado efecto riqueza, se basa en las estimaciones del gobierno de que dicho consumo aumenta entre 7 y 8 dólares por cada 100 dólares de aumento de riqueza en forma de propiedad residencial (revalorización de las viviendas), mientras que sólo aumenta entre 3 y 4 dólares por cada 100 dólares de aumento de riqueza en forma de acciones.

Pues bien, entre 2000 y 2005, el precio de la vivienda subió un extraordinario 51 por 100 y la riqueza de los hogares en forma de la propiedad residencial más del 64 por 100. El consumo personal y la inversión residencial pudieron así crecer a tasas anuales medias del 2.9 y el 6.0 por 100 respectivamente, y juntos representaron el 98 por 100 del aumento del PIB durante los cinco primeros años del ciclo económico, iniciado en el año 2001.

Hay que advertir que en esos años de inicio del milenio, también se utilizaron, por parte de la Administración Bush, instrumentos keynesianos corrientes vía aumento de gastos militares y reducción de impuestos.

Por otro lado, para poder aumentar el consumo había que mantener tipos de interés bajos que posibilitaron créditos y apalancamientos fáciles. En esta dirección, para hacer que el precio de la vivienda siguiera subiendo, afianzando el aumento del PIB mediante un mayor endeudamiento, consumo e inversión residencial de las familias, la Reserva Federal permitió, de algún modo, que gente con menos garantías pudiera comprar casas a precios cada vez más altos. Para ello adoptó deliberadamente una política de reducción de las garantías exigibles para la obtención de un crédito hipotecario, alimentando el emergente mercado de hipotecas *subprime* y otros tipos no conformes con las normas vigentes con respecto al riesgo de impago.

Conviene advertir, como lo hace Brenner, que a mediados del año 2003 y coincidente con una rebaja del tipo de interés por parte de la Reserva Federal, el índice de asequibilidad de la vivienda de la National Association of Realtors alcanzó su máximo y empezó a caer la compra de viviendas. Había que reaccionar rebajando las condiciones –garantías de los créditos, lo cual hizo que a finales del 2006, los créditos *subprime* llegaran a casi dos billones de dólares. La facilidad de los créditos para comprar una vivienda era tal, que no re-

quería que sus solicitantes demostraran sus ingresos, o el pago de una entrada inicial, permitiendo un endeudamiento por el 125 por 100 del valor de la propiedad.

Ciertamente, como subraya Brenner, al abrirse el mercado de la vivienda a los créditos de alto riesgo, la Reserva Federal había establecido, de hecho, una vía que el economista financiero Hyman Minsky denominó «pirámide financiera de Ponzi», esto es, la entrada en masa en el mercado de la vivienda de familias y operadores financieros que sabían que tenían pocas esperanzas a medio plazo de cubrir los pagos de su hipoteca original, y que al comprar la propiedad esperaban que su valor nominal siguiera subiendo, lo que les permitiría financiar su crédito o embolsarse la ganancia –la burbuja especulativa como mecanismo de financiación.

Concluye Brenner que en el periodo 2001-2007, pese a la enorme subvención al poder de compra que representaba el efecto riqueza de la histórica burbuja del precio de los activos, y la reanudación en casi todas partes del antiguo déficit presupuestario keynesiano, y todo el esfuerzo por recuperar las tasas de beneficio hundidas a niveles mínimos desde la Segunda Guerra Mundial, apenas incidió en un aumento de la demanda agregada en el conjunto del mundo capitalista avanzado, dando lugar al peor comportamiento económico desde finales de la década de 1940. Por ello, no era sorprendente que cuando las burbujas comenzaron a desinflarse en 2006-2008 especialmente, ya que el precio de la vivienda empezó a caer, la economía global se encontró en la recesión más grave desde la Segunda Guerra Mundial.

#### ALGUNAS OBSERVACIONES CRÍTICAS

Seguramente el libro de Brenner constituye el análisis histórico-económico más profundo y premonitorio sobre la naturaleza del capitalismo mundial en las postrimerías del siglo xx e inicios del XXI.

Son notables sus penetrantes observaciones y lúcidas aportaciones (como la idea del keynesianismo bursátil).

Como sucede en este tipo de análisis histórico-económicos relevantes (ya ocurrió en el famoso «debate Brenner» de hace 30 años), *La economía de la turbulencia global* ha sido objeto de un simposio (2008). Intervinieron, entre otros, los historiadores británicos Nicholas Graft y el japonés Kozo Yamamura y economista regulacionista Michel Aglietta. En dicho simposio (*New Left Review* nº 54, 2009, pag. 45-85) se plantearon cuestiones relacionadas con la realidad o no del largo declive postulado por Brenner; los modos concretos mediante los que se conforman las tasas de beneficios; las diferencias existentes entre los modelos de capitalismo estadounidense, alemán y japonés; las implicaciones del dinamismo industrial de China como nueva potencia y las perspectivas del conjunto de la economía global ante la crisis económica más severa desde la década de los treinta del siglo XX.

N. Graft sostiene que, frente al largo declive de las tres o cuatro últimas décadas de Brenner, la idea de la gran moderación describe mejor un periodo durante el cual Estados Unidos llegó a disfrutar de un vigoroso liderazgo en el crecimiento de la productividad. Por otro lado, el análisis brenneriano es erróneo en cuanto que un lector de este libro se podría sorprender al enterarse que la tasa de beneficio no ha mostrado tendencia alguna, que la inversión empresarial como porcentaje del PIB ha crecido como consecuencia de la larga expansión, en la que las tecnologías de la información y la comunicación han tenido un sustancial impacto positivo sobre el crecimiento de la productividad estadounidense. No obstante, según Graft y dadas las circunstancias actuales, el análisis pesimista de Brenner bien puede considerarse profético, pero no constituye una historia económica persuasiva.

M. Aglietta y K. Yamamura más que criticar la base empírico-histórica de la obra de Brenner, analizan las insuficiencias de su enfoque y la necesaria complementariedad del mismo. Si Aglietta, partiendo de una visión braudeliana de la economía global, observa el surgimiento de un nuevo modo de regulación y distribución del crecimiento en la estela de la crisis asiática de la década de 1990, Yamamura, por su parte, pide que se preste más atención a los modernos mercados de capitales, a los ciclos históricos de cambio tecnológico y a las diferencias institucionales existentes entre los principales Estados capitalistas.

Concluyendo, a mi juicio la lectura del libro de Brenner es muy recomendable. Constituye una extraordinaria síntesis de la evolución de la economía estadounidense relacionada con la alemana y japonesa, haciendo especial hincapié en el largo declive como consecuencia de la tendencia a la baja de la tasa de beneficio. La crítica de Graft a este punto es excesivamente lapidaria, pues Brenner aporta en el texto cuadros y gráficos informativos más que suficientes para avalar esa tendencia (otra cosa es que en el cuerpo del libro se sobreponen, a veces, información de periodos distintos, dada su larga gestación de diez años a partir de un texto de 1999, con un epílogo y algunas precisiones de 2006 y un extenso prólogo a la edición en castellano de 2009). Por otro lado, conceptos como el *keynesianismo bursátil* nos permite analizar globalmente el papel de las burbujas sucesivas (de la bolsa, de la vivienda) como mecanismo dinamizador de la demanda por medio de su efecto riqueza, complementado con un relajamiento de las condiciones para obtener préstamos. Ello nos ha conducido a la feroz crisis económica del sistema capitalista de los últimos tiempos... una crisis que no sabemos cuándo ni cómo terminará.